

*Cumaná, septiembre, 1952*

Hace semanas que tomé la decisión y ningún motivo me mueve a retractarme de ella. Tengo sólo cuarenta y ocho años, pero no cumpliré más. Me siento agotado de vivir. Tampoco quiero esperar a que llegue el seco verano venezolano y se celebren las fiestas navideñas. No lo soportaría. ¡Son tan felices los recuerdos que me traen de mi infancia en aquel nevado Valladolid adornado de luces y perfumado con el olor a castañas asadas! La lista de tareas pendientes que debo abordar antes de suicidarme no es larga; casi todas están ya terminadas: tan sólo me resta escoger la ropa que me llevaré a isla Margarita y dejar por escrito que mi muerte tiene como única responsable a mi propia voluntad. Debo hacerlo. Mucho me temo que quienes saben que he colaborado con el NKVD lleguen a pensar que me ha envenenado alguno de sus agentes y no les faltarían razones para sospecharlo. También sería conveniente, quizá, que añadiera algo sobre el destino de mis escasos bienes. Pero no es necesario: lo mejor será que decidan sobre ellos mis hermanas.

Apenas consigo dormir. Esta noche tampoco. No estoy angustiado ni aterrorizado. No es por eso. La muerte no me asusta y estoy convencido de que ni cielo ni infierno me esperan. Sólo la nada. Lo que me impide sumirme en el sueño no es el futuro, sino la necesidad de recuperar el pasado, mi pasado, la vida que he sido y que ahora quiero dar por finalizada. Paso las horas revisando los pasos que me han traído hasta aquí, los amigos que tuve, las mujeres a las que amé y

las que me han amado, los enfermos a los que pude curar, las calles que transité, los vinos que bebí, los paisajes que dejé atrás, las casas que me acogieron y que ya nunca volveré a habitar... Mis encendidas ilusiones y mis esperanzas destrozadas. Siento dentro de mí la insoslayable exigencia de revivir todas y cada una de ellas, volviendo a disfrutarlas o a sentir el dolor que me produjeron. También aquí y ahora, como siempre, estrategias para poder reconciliarme conmigo mismo.

En la mayor parte de las ocasiones, me resulta fácil recordar sucesos, personas, lecturas, en fin, las circunstancias que han conformado el escenario de mi vida, quizá porque, en verdad, esas circunstancias fueron mucho más que un escenario. Han formado parte de mi vida tanto como mi propio carácter. Siempre he tenido buena memoria y no necesito esforzarme mucho para hacer presente el pasado. Pero no todo merece ser recordado. No puedo permitirme desperdiciar el tiempo del que dispongo en estas noches de insomnio. Sólo unos pocos acontecimientos y personas acaban imponiendo su recuerdo, y sólo en ellos me afano por encontrar el sentido de este sinsentido en que todo ha venido a acabar.

En medio de ese todo, una figura nunca se desvanece, como si fuera un fantasma que habitara dentro de mí: la de Araceli, mi gran amor, mi apasionado y trágico amor irrealizable, el que me hizo gozar y sufrir, el que me hizo vivir. No es cierto que mi vida empezara cuando la conocí, pero siempre he sabido que comenzó a terminar cuando la perdí. Nada queda de aquel rebelde adolescente, ni de aquel joven apasionado, ni de aquel médico consagrado a su profesión, ni de aquel ferviente comunista... Nada queda y, por tanto, a nada voy a poner fin. Tan sólo a las sombras de un sueño perdido.

Aunque nací en Madrid, toda la memoria de mis primeros años se circunscribe al hogar familiar y a los juegos infantiles en Valladolid. Siempre fui un niño inquieto y movido por la curiosidad, sin un ápice de malicia, pero inclinado a la desobediencia y a la rebeldía, lo que me granjeó reiteradas reprimendas y castigos. Mi padre era inspector de sanidad animal y, como tal, poco inclinado a la indulgencia con quienes incumplían las normas, incluido su hijo. Durante dos años me envió a cursar los estudios de bachillerato al internado de un colegio religioso. Allí tuve que someterme al rígido orden y a la estricta disciplina de aquellos curas a los que llamábamos de modo coloquial “los amarillos”.

Siempre he estado convencido de que ellos fueron los responsables de mi juvenil anticlericalismo, que se fue acrecentando a medida que fui haciéndome consciente del funesto papel que, en su mayoría, los curas habían desempeñado en la historia de España y de la predominante posición que los representantes oficiales de la Iglesia católica seguían manteniendo en alianza con los privilegiados y explotadores, oponiéndose a las necesarias reformas sociales.

No todo fue negativo en aquellos años de internado. Reconozco, y así lo he admitido cuantas veces me he referido a ellos, que debo también a aquella etapa de mi vida el haber fortalecido mi carácter y haberme dotado de cierto grado de dureza que me han servido para superar las dificultades y afrontar las adversidades que me han sobrevenido. Creo que aquella misma disciplina del internado está en la base de esa constancia en el trabajo y de esa resistencia al cansancio que tantas veces me han alabado los que me conocen. Pero, si tengo que escoger lo que considero más positivo de esa etapa de mi vida, es sin duda la pasión por la lectura lo que sobresale entre mis recuerdos. Nunca me importó estar solo y pasar horas enteras leyendo en mi habitación. Leía cuanto

podía, literatura, por supuesto, pero también libros filosóficos y políticos: Cervantes, Quevedo, Galdós, Marx, Bergson, Unamuno, Ortega... Llegué a dudar entre elegir una carrera de letras o cursar Medicina. Al final me decidí por esta última y a ella me he dedicado con pasión el resto de mi vida sin dejar de seguir siendo un fervoroso e incansable lector.

Todos mis familiares y amigos me recuerdan como un joven muy independiente y empeñado en conseguir cuanto me proponía. Durante mis años de formación en la Facultad de Medicina de Valladolid, en el Instituto de Anatomía y, después como interno, en la Clínica de Patología Médica, sobresalía entre mis compañeros que me reconocían como un líder estudiantil. La amplitud y diversidad de mis conocimientos, derivados de las lecturas que seguía haciendo y que rebasaban el ámbito de la Medicina, me otorgaban una cierta autoridad sobre ellos y me proporcionaban no pequeña ventaja en reuniones y debates.

De algunos de los profesores que tuve a lo largo de mis estudios universitarios guardo un grato recuerdo pues, a pesar de sus limitaciones, fueron para mí ejemplos de profesionalidad investigadora y médica, en especial Misael Bañuelos y Ramón López Prieto. ¿Qué habrá sido de ellos? Por lo que he podido saber, tras la Guerra Civil siguieron ocupando sus cátedras en la Facultad de Medicina, aunque estarán próximos a jubilarse, si no lo han hecho ya.

Con quienes he podido mantener algún contacto, a pesar de la distancia y de las difíciles condiciones de mi exilio, ha sido con unos pocos de mis compañeros de aquella ardorosa época de estudiante. El más brillante, sin duda, era el vitoriano Juan Andrés Urrea, especialista en Patología Médica, con quien publiqué un artículo en 1927 y que, con sólo veinticinco años, en 1932, llegó a ser catedrático en la Facultad de Medicina de Sevilla. Apenas nada he podido saber de él